

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 149

TUCÍDIDES

938.05
+888h.E
V.1
C.1

HISTORIA
DE LA GUERRA
DEL PELOPONESO

LIBROS I-II

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
JULIO CALONGE RUIZ

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH



UNIVERSIDAD
ALBERTO
HURTADO
BIBLIOTECA

U/26/2004.015625



EDITORIAL GREDOS

DISCURSO FÚNEBRE DE PERICLES²⁶⁸

«La mayor parte de quienes han tomado aquí la pala- 35
bra en otras ocasiones han elogiado a quien introdujo este
discurso²⁶⁹ en la ceremonia tradicional; según ellos resul-
ta oportuno pronunciarlo en las honras fúnebres de los
que han caído en la guerra. En mi opinión, sin embargo,
sería suficiente que a hombres c^o valor se ha manifes-
tado en actos también se les tributarán los honores me-
diante actos, tal como hoy mismo estáis presenciando en
estos funerales dispuestos por el Estado; así el crédito de
los méritos de muchos no peligraría al depender de las
palabras más o menos elocuentes de uno solo²⁷⁰. Es difi- 2
cil, en efecto, pronunciar las palabras adecuadas en un
momento en que la valoración de la realidad²⁷¹ apenas se
establece con seguridad: el oyente que conoce bien los he-

²⁶⁸ Uno de los elogios fúnebres más famosos de toda la literatura. En él se une el recuerdo de los soldados muertos en el campo de batalla y el elogio de los ideales de un Estado por los que aquellos combatieron y dieron su vida, recuerdo y elogio magistralmente enlazados y expresados.

²⁶⁹ No se sabe quién fue. Según PLUTARCO (*Publicola* 9, 11), se trataría de Solón. Pero tal vez es una costumbre que se introdujo a partir de las Guerras Médicas (cf. DIONISIO DE HALICARNASO, V 17, 4; DIODORO, XI 33, 3).

²⁷⁰ El discurso, magnífica pieza oratoria, se inicia mediante una oposición retórica clásica: *palabra* frente a *acción*, la realidad de los actos frente a su valoración en las palabras.

²⁷¹ *hē dókēsis tēs alētheías*. La palabra *dókēsis* es una palabra querida por Tucídides, pero rara en otros prosistas.

chos y está bien dispuesto²⁷² pensará posiblemente que la exposición queda por debajo de sus deseos y de su conocimiento de la realidad²⁷³; por el contrario, el que no los conoce por propia experiencia, si oye algún elogio que esté por encima de sus propias fuerzas, creará, por envidia, que son exageraciones. Porque los elogios que se pronuncian acerca de otros sólo resultan tolerables en la medida en que cada uno cree que él mismo es capaz de realizar las mismas acciones que oye elogiar²⁷⁴; pero ante lo que va más allá, los hombres enseguida sienten envidia²⁷⁵ y no lo creen. En fin, puesto que los antiguos aprobaron que esto fuera así, es preciso que yo, siguiendo la costumbre, trate de acertar en la medida de lo posible con el deseo y la opinión de cada uno de vosotros.

36 Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo a la vez que adecuado en una ocasión como ésta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos habitaron siem-

²⁷² Hacia los muertos.

²⁷³ Los «deseos» y el «conocimiento de la realidad» responden al «conoce bien los hechos y está bien dispuesto» de antes, en construcción quiástica.

²⁷⁴ Cf. SALUSTIO, *Catilina* 3, 2, una reminiscencia de este pasaje de Tucídides.

²⁷⁵ Según J. TH. KAKRIDIS, *Hermēneutikà Schólia stòn Epitáphio tou Thoukydídou*, págs. 4-9, este pasaje indicaría que Tucídides estaría pensando en la generación particularmente envidiosa del 404 a. C., generación que no comprendía el talento de Pericles y el valor de los ideales de la civilización ateniense y que, por tanto, tendría poco que ver con lo realmente dicho por Pericles al principio de la guerra. Pero probablemente no es necesario llegar a esta conclusión; las disquisiciones de este tipo y el gusto por la antítesis y la generalización son típicas de la Sofística de la que Tucídides es deudor. Es un pasaje perfectamente explicable en el 431-430, época en la que, por otra parte, ya se daba la «envidia» de quienes se oponían a la política de Pericles.

pre esta tierra²⁷⁶ y, en el sucederse de las generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor. Y si ellos son dignos de elogio, todavía lo son 2 más nuestros padres²⁷⁷, pues al legado que habían recibido consiguieron añadir, no sin esfuerzo²⁷⁸, el imperio que poseemos, dejándonos así a nuestra generación una herencia incrementada. Nosotros, en fin, los hombres que ahora 3 mismo aún estamos en plena madurez²⁷⁹, hemos acrecentado todavía más la potencia de este imperio y hemos preparado nuestra ciudad en todos los aspectos, tanto para la guerra como para la paz, de forma que sea completamente autosuficiente. Respecto a todo eso, pasaré por alto 4 las gestas militares que nos han permitido adquirir cada uno de nuestros dominios, o las ocasiones en que nosotros o nuestros padres hemos rechazado con ardor al enemigo, bárbaro o griego, en sus ataques. No quiero extenderme ante un auditorio perfectamente enterado. Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder, y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder se ha hecho grande. Considero que en este momento no será inadecuado hablar de este asunto, y que es conveniente que toda esta muchedumbre de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

²⁷⁶ Los atenienses se consideraban autóctonos, lo que constituía para ellos un motivo de orgullo. Cf. *supra*, I 2, 5-6.

²⁷⁷ La generación de la época de las Guerras Médicas, del 490 al 465 a. C., generación que gracias a sus éxitos puso las bases del Imperio ateniense.

²⁷⁸ Cf. *supra*, I 70, 8, e *infra*, II 38; 39; 62, 3; 64, 3.

²⁷⁹ La generación de Pericles, que estaba en su madurez (de los 40 a los 60 ó 65 años) entre el 465 y el 440 a. C. Fue la generación que consolidó el imperio.

37 ^x Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría²⁸⁰, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad²⁸¹. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas²⁸².

2

3 Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas pa-

²⁸⁰ O, según otros, «debido a que no se gobierna en interés de unos pocos sino en el de la mayoría».

²⁸¹ Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 238 c-d. Sobre este pasaje de Tucídides y el del *Menéxeno* y su paralelismo, cf. I. LABRIOLA, «Tucidide e Platone sulla democrazia ateniese», *Quaderni di Storia* 6 (1980), 207-229.

²⁸² O «no le imponemos humillaciones, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas de ver». *Oudè azêmious mén, lypêràs dè têi ópsei achthédónas prostithéménou*. Se refiere a humillaciones, como las miradas de reproche o el vacío dirigido al conciudadano, que no suponen un daño o un castigo, pero ofrecen un doloroso espectáculo.

ra ayudar a los que sufren injusticias²⁸³ y a las que, aun sin estar escritas²⁸⁴, acarrear a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida²⁸⁵.

Por otra parte, como alivio de nuestras fatigas, hemos procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos. Tenemos juegos y fiestas durante todo el año, y casas privadas con espléndidas instalaciones, cuyo goce cotidiano aleja la tristeza²⁸⁶. Y gracias a la importancia de nuestra ciudad todo tipo de productos de toda la Tierra²⁸⁷ son importados, con lo que el disfrute con que gozamos de nuestros propios productos no nos resulta más familiar que el obtenido con los de otros pueblos.

En el sistema de prepararnos para la guerra también nos distinguimos de nuestros adversarios en estos aspectos²⁸⁸: nuestra ciudad está abierta a todo el mundo, y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros²⁸⁹ para impedir que se llegue a una información u observa-

²⁸³ Un conocido principio ateniense, uno de los elementos más democráticos de la legislación de Solón, según ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 9, 4. Cf. PLUTARCO, *Solón* 18, 3-8; principio adoptado por PLATÓN, cf. *República* V 462d.

²⁸⁴ O «por no estar escritas», por su carácter de leyes no escritas.

²⁸⁵ El respeto a las leyes no escritas o naturales evidencia el alto sentido moral de un pueblo, sentido que se debilitará en el pueblo ateniense con ocasión de la peste (cf. *infra*, II 53). Sobre estas leyes, cf. SÓFOCLES, *Edipo Rey* 863-870, y *Antígona* 450-461. Sobre las leyes no escritas de la *Antígona* y del discurso fúnebre de Pericles, cf. el libro de V. EHRENBERG, *Sophocles and Pericles*, Oxford, 1954, págs. 28-44.

²⁸⁶ Cf. PLATÓN, *República* III 400d-401b.

²⁸⁷ Cf. PSEUDO-JENOFONTE, *Constitución de los atenienses* 2, 7; HERMIPO, en ATENEO, I 27e-f; ISÓCRATES, IV 42; 45, etc.

²⁸⁸ Las distinciones apuntan sobre todo a Esparta.

²⁸⁹ Cf. *supra*, I 144, 2, n. 935. Alusión a las *xenelasiai*, al arbitrio de los éforos, tal como se practicaban en Esparta. Cf. PLATÓN, *Leyes* XII 950-953.

ción de algo que, de no mantenerse en secreto²⁹⁰, podría resultar útil al enemigo que lo descubriera. Esto es así porque no confiamos tanto en los preparativos y estrategias como en el valor que sale de nosotros mismos en el momento de entrar en acción. Y en lo que se refiere a los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento, nosotros, a pesar de nuestro estilo de vida más relajado, no nos enfrentamos con menos valor a peligros equivalentes²⁹¹. He aquí una prueba: los lacedemonios no emprenden sus expediciones contra nuestro territorio sólo con sus propias fuerzas, sino con todos sus aliados; nosotros, en cambio, marchamos solos contra el país de otros y, a pesar de combatir en tierra extranjera contra gentes que luchan por su patria, de ordinario nos imponemos sin dificultad. Ningún enemigo se ha encontrado todavía con todas nuestras fuerzas unidas, por coincidir nuestra dedicación a la flota con el envío por tierra de nuestras tropas en numerosas misiones; ellos, sin embargo, si llegan a trabar combate con una parte, en caso de conseguir superar a algunos de los nuestros, se jactan de habernos rechazado a todos, y, si son vencidos, dicen que han sido derrotados por el conjunto de nuestras fuerzas. Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación²⁹² más que con

²⁹⁰ El secreto se imponía con frecuencia en Esparta (cf. *infra*, IV 80, 4; V 68, 2).

²⁹¹ Según unos: «iguales a aquellos a los que se enfrentan los lacedemonios». Según otra interpretación: «proporcionados a nuestras fuerzas» o «peligros en relación con nuestras fuerzas».

²⁹² Cualidad considerada aquí en el buen sentido, pero que llegó a ser un grave defecto del carácter ateniense, tal como denunció Demóstenes.

un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el momento, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose; y nuestra ciudad es digna de admiración en estos y en otros aspectos.

Amamos la belleza²⁹³ con sencillez²⁹⁴ y el saber sin relajación⁴⁰. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria, y entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada por evitarla. Las mismas personas²⁹⁵ pueden dedi-

²⁹³ *Philokaloûmen*, verbo que aparece aquí por primera vez en la literatura griega. Designa el gusto por lo bello (*tò philókalon*) como actitud vital. Aparece junto a *philosophoûmen*, verbo ya utilizado por HERÓDOTO (cf. I 30, 3) que indicaba el gusto por la ciencia y la cultura.

²⁹⁴ *Met' euteleías*, que literalmente significa «con economía, con poco gasto». Algunos han objetado que esta «sencillez» no está de acuerdo con el gusto por la belleza de la época de Pericles, con las construcciones de la Acrópolis, por ejemplo, cuyos mármoles, oro y marfiles no eran precisamente económicos (cf. *supra*, II 13, 3-5). Pero probablemente no se piensa aquí en el esplendor y en las construcciones de los últimos años, sino en el estilo de vida y en la moderación y equilibrio atenienses, con una literatura y unas manifestaciones artísticas capaces de evitar los excesos.

²⁹⁵ Se ha visto en este pasaje (II 40, 1-2) una referencia a la oposición entre dos géneros de vida, la *vita activa* y la *vita contemplativa*, que para Pericles, según cree Kakridis, se presentarían combinadas en los atenienses (cf. J. TH. KAKRIDIS, «Der thukydeische Epitaphios: ein stilistischer kommentar», *Zetemata* 26, Munich, 1961, pág. 51). Otros ven una alusión a tres actividades o tipos de vida que se combinarían en el carácter ateniense: la filosofía (*philokaloûmen te gàr... kai philosophoûmen...*), la riqueza o actividad económica (*ploutōi te chrōmetha kai tò pēnesthai...*), y la política (*éni te tois autois oikeiōn háma kai politi-*

car a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos²⁹⁶. Somos, en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestro juicio sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente²⁹⁷, porque, en nuestra opinión, no son las palabras²⁹⁸ lo que supone un perjuicio para la acción, sino el no informarse por medio de la palabra antes de proceder a lo necesario mediante la acción²⁹⁹. También nos distinguimos en cuanto a que somos extraordinariamente audaces a la vez que hacemos nuestros cálculos sobre las acciones que vamos a emprender, mientras que a los otros la ignorancia les da coraje, y el cálculo³⁰⁰, indecisión. Y es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu

kôn epiméleia kai hetérois...): una combinación tripartita similar, por ejemplo, a la de ciencia, gloria y riqueza (*philósophon, philónikon, philokerdés*) que encontramos en PLATÓN (cf. *República* VIII 580d-581c). Cf. J. S. RUSTEN, «Two lives or three? Pericles on the athenian character (Thucydides 2. 40. 1-2)», *The Classical Quarterly* n. s. 35 (1985), 14-19.

²⁹⁶ Reconocimiento de la *isēgoría*, el derecho a la participación política.

²⁹⁷ En el primer caso se refiere al conjunto de ciudadanos que en la asamblea expresan su juicio mediante el voto; en el segundo alude probablemente a quienes meditan y estudian las propuestas que luego van a presentar.

²⁹⁸ En contraste con la escasa afición espartana a los discursos (cf. *supra*, I 86).

²⁹⁹ La unión de la *palabra* y la *acción* era para los griegos, desde el mismo HOMERO (cf. *Ilíada* IX 443), un objetivo digno de los mejores afanes, a pesar de que no fuera alcanzado a menudo (cf. *Ilíada* XIII 726-734).

³⁰⁰ Cf. *supra*, II 11, 7.

quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y los placeres, no por esto se apartan de los peligros. También en lo relativo a la generosidad somos distintos de la mayoría, pues nos ganamos los amigos no recibiendo favores, sino haciéndolos. Y quien ha hecho el favor está en mejores condiciones para conservar vivo, mediante muestras de benevolencia hacia aquel a quien concedió el favor, el agradecimiento que se le debe. El que lo debe, en cambio, se muestra más apagado, porque sabe que devuelve el favor no con miras a un agradecimiento sino para pagar una deuda. Somos los únicos, además, que prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad.

Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia³⁰¹, y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con una gracia y habilidad extraordinarias. Y que esto no es alarde de palabras inspirado por el momento, sino la verdad de los hechos, lo indica el mismo poder de la ciudad, poder que hemos obtenido gracias a estas particularidades que he mencionado. Porque, entre las ciudades actuales, la nuestra es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que la ataca, cuando éste considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus sub-

³⁰¹ Con frecuencia se da la traducción de que Atenas «es la escuela de Grecia», traducción muy expresiva que recuerda aquel famoso epigrama de *Helládos Hellàs Athênai* (*Antología Palatina* VII 45). Sin embargo, el término *paideusis* como nombre de acción, no significa «escuela», sino «enseñanza, lección, ejemplo o modelo viviente».

ditos, el reproche de ser gobernados por hombres indignos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos ninguna necesidad ni de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que deleite de momento³⁰² con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus suposiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la Tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo de males y bienes³⁰³. Tal es, pues, la ciudad por la que estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella³⁰⁴.

42 Por esto precisamente me he extendido en lo relativo a la ciudad, a fin de haceros entender que la lucha no tiene el mismo significado para nosotros y para aquellos que no disfrutaban de ventajas similares a las nuestras, y, al mismo tiempo, a fin de esclarecer con pruebas el elogio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando. Así

³⁰² Cf. *supra*, I 22, 4.

³⁰³ Fracasos y éxitos, ya que los primeros también pueden ser gloriosos. Así podía considerarse, por ejemplo, la expedición ateniense a Egipto (cf. *supra*, I 110), demostración del espíritu emprendedor y del poderío de Atenas, y del valor de los hombres que participaron en la expedición, valor que constituye un motivo de gloria aun en caso de fracaso.

³⁰⁴ Después de celebrar las excelencias de Atenas, tras este magnífico canto a los ideales de su ciudad, pasa, conforme al plan previsto (cf. *supra*, II 36, 4), al elogio de los que han muerto por ella. Nada puede resultar tan efectivo como la conexión del elogio de los méritos de los caídos a la exaltación de la patria por la que se sacrificaron.

pues, lo principal de este elogio ya está dicho, dado que las excelencias por las que he ensalzado nuestra ciudad son el ornamento que le han procurado las virtudes de estos hombres y de otros hombres como ellos; y no son muchos los griegos, como es el caso de éstos, cuya alabanza pudiera encontrar correspondencia en sus obras. Me parece, asimismo, que el fin que éstos han tenido es una demostración del valor de un hombre, bien como primer indicio, bien como confirmación final. Porque incluso en el caso de aquellos que fueron inferiores en otros aspectos es justo que se anteponga su bravura en la guerra luchando en defensa de su patria, pues borrarón el mal con el bien y el servicio que prestaron en beneficio público compensó sobradamente los perjuicios ocasionados por su actuación privada. Ninguno de estos hombres se acobardó prefiriendo seguir con el goce de sus riquezas ni trató de aplazar el peligro con la esperanza de su pobreza, de que conseguiría librarse de ella y se haría rico. Al contrario, considerando más deseable el castigo al adversario que aquellos bienes, y creyendo además que aquél era el más hermoso de todos los peligros, decidieron, haciéndole frente, castigar a los enemigos y seguir aspirando a los bienes, fiando a la esperanza lo incierto del éxito, pero juzgando preferible de hecho, ante la inminencia del peligro, confiar en sí mismos; y llegado el momento, pensaron que era más hermoso resistir hasta la muerte que ceder para salvar la vida; evitaron así la vergüenza del reproche, afrontaron la acción a costa de su vida, y en un instante determinado por el destino, en un momento culminante de gloria, que no de miedo, nos dejaron³⁰⁵.

³⁰⁵ El color poético, con usos de palabras como *eulogía*, *hýmnēsa* y *katastrophē*, y el contenido tono patético de todo el capítulo concluyen

43 Así es como estos hombres se mostraron dignos de nuestra ciudad; y es menester que los que quedan hagan votos por tener frente al enemigo una disposición que apunte a un destino más seguro³⁰⁶ sin consentir por ello ninguna pérdida de audacia. No debéis considerar la utilidad de esta actitud —sobre la que cabrían largas explicaciones que vosotros ya conocéis— sólo a través de las palabras de un orador que exponga todos los beneficios que derivan de defenderse contra el enemigo; debéis contemplar, en cambio, el poder de la ciudad en la realidad de cada día y convertiros en sus amantes³⁰⁷, y cuando os parezca que es grande, debéis pensar que quienes consiguieron este poder eran hombres audaces y concedores de su deber, que en sus acciones se comportaban con honor y que, si alguna vez fracasaban en algún intento, no querían por ello privar a la ciudad de su valor, sino que le ofrecían la contribución más hermosa. Daban su vida por la comunidad recibiendo a cambio cada uno de ellos particularmente el elogio que no envejece y la tumba más insigne, que no es aquella en que yacen, sino aquella en la que su gloria sobrevive para siempre en el recuerdo, en cualquier tiempo en que surja la ocasión para recordarlos tanto de palabra como de obra. Porque la Tierra entera³⁰⁸

con este expresivo final eufemístico: *apēllāgēsan*, «se fueron», «nos dejaron».

³⁰⁶ Cf. SÓFOCLES, *Áyax* 550-551.

³⁰⁷ *Kath' hēmēran theōmēnous kai erastēs gignomēnous autēs*, «el amor a la patria conectado a la realidad de cada día». Se trata seguramente del amor a la ciudad, no a su poder, tal como parecen demostrar otros pasajes de autores contemporáneos en los que se utiliza el sustantivo *erastēs* en el mismo sentido (cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 143; *Caballeros* 732, 1340-44; PLATÓN, *Alcibiades* 132a).

³⁰⁸ *Andrōn gār epiphanōn pāsa gē tāphos*. El tono poético, las imágenes y las fórmulas marcan el estilo de este discurso.

es la tumba de los hombres ilustres, y no sólo en su patria existe la indicación de la inscripción grabada en las estelas, sino que incluso en tierra extraña pervive en cada persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que está más en los sentimientos que en la realidad de una tumba. Tratad, pues, de emular a estos hombres, y estimando que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje, no miréis con inquietud los peligros de la guerra. No son, en efecto, los desgraciados, para quienes no existe la esperanza de bien alguno, los que pueden despreciar la vida con más razón, sino aquellos que, al seguir viviendo, corren el riesgo de un cambio de fortuna desfavorable y para quienes, en caso de fracaso, las diferencias son enormes³⁰⁹. Porque para un hombre con pundonor la degradación que acompaña a la miseria³¹⁰ resulta más dolorosa que una muerte que sobreviene sin ser sentida en la plenitud de su vigor y de la esperanza colectiva.

Ésta es la razón por la que ahora no me voy a dirigir a los padres de estos hombres, que asistís a este acto, con lamentaciones de compasión, sino con palabras de consuelo³¹¹. Sabido es³¹² que la vida se va haciendo a través

³⁰⁹ Cf. *supra*, II 42, 1.

³¹⁰ *Kákōsis* tiene aquí probablemente, en relación con el contexto, el sentido de «pérdida de fuerza, cambio de fortuna o desventura, miseria». (Cf. A. W. GOMME, *op. cit.* II, pág. 139). Para otros tiene simplemente el valor habitual de «cobardía».

³¹¹ Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 247c-d.

³¹² El texto dice literalmente «ellos saben» refiriéndose al parecer a los padres de los caídos que asisten al acto. Hay, pues, un paso brusco, de una segunda a una tercera persona que no resulta cómodo. Sobre la estructura de esta *consolatio* a los padres, cf. O. LONGO, «La *consolatio ad parentes* di Pericle (Tucidide II 44)», *Rivista di Cultura classica e medioevale* 19 (1977), 451-479. Se establece una gradación en el consuelo.

de vicisitudes de diverso signo, y la dicha es de quienes alcanzan la mayor nobleza con su muerte, como éstos ahora, y con su dolor, como es vuestro caso, y de aquellos cuya vida fue medida para que la felicidad y el fin de sus días coincidieran³¹³. Me doy perfecta cuenta de que es difícil convencerlos tratándose de vuestros hijos cuyo recuerdo os vendrá con frecuencia cuando asistáis a los momentos de dicha de los otros, momentos dichosos con los que también vosotros os regocijabais un día; y el dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha sido desposeído una vez habituado a él. Pero es preciso ser fuertes, siquiera por la esperanza de tener otros hijos, los que todavía estáis en edad de engendrarlos; en la vida privada los hijos que vendrán serán para algunos un motivo de olvido de los que ya no están con nosotros, y la ciudad saldrá beneficiada por dos razones: no perderá población y ganará en seguridad. Porque no es posible que tomen decisiones justas y equitativas quienes no afrontan el peligro exponiendo también a sus propios hijos, igual que los demás. Y cuantos ya habéis pasado la edad, considerad como una ganancia el hecho de haber sido dichosos durante la mayor parte de vuestra vida, pensad que la parte que os queda será breve³¹⁴, y consolaos con el renombre de estos muertos³¹⁵. El amor a la gloria es, en efecto, lo único que no envejece, y en la época improduc-

³¹³ Conocido pensamiento griego. Cf. SÓFOCLES, *Edipo Rey* 1528-30; EURÍPIDES, *Troyanas* 509-510; HERÓDOTO, I 30-32.

³¹⁴ Triste consuelo. Cf. EURÍPIDES, *Alceste* 649-650.

³¹⁵ Cf. SÓFOCLES, *Antígona* 703-704.

tiva de la vida lo que da mayor satisfacción no son las ganancias, como dicen algunos³¹⁶, sino los honores.

Y para vosotros³¹⁷, hijos o hermanos de estos caídos que os encontráis aquí, veo que la lucha para estar a su altura será ardua, porque todo el mundo tiene la costumbre de elogiar a quien ya no existe, y aun en el colmo del valor, difícilmente se os considerará no ya iguales, sino un poco por debajo de ellos. La envidia de los vivos, en efecto, se enfrenta a lo que se les opone, pero lo que no les supone ningún obstáculo es respetado con una benevolencia sin oposición³¹⁸. Y si es necesario que me refiera a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres³¹⁹.

³¹⁶ Simónides de Ceos, entre otros, según ARISTÓFANES, *Paz* 697-699, y PLUTARCO, *Moralia* 786b.

³¹⁷ Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 246d-247b.

³¹⁸ Acerca de este pensamiento han sido recordados los versos de HORACIO (*Odas* III 24, 31-32):

*Virtutem incolumen odimus,
sublatam ex oculis quaerimus invidi.*

Cf. ESQUILO, *Prometeo* 521, y *Agamenón* 382. Sobre la envidia, cf., asimismo, *supra*, II 35, 2-3.

³¹⁹ Se ha señalado la frialdad del consuelo a los familiares de los caídos (del 44, 3 al 45) en contraste con el calor de las palabras pronunciadas acerca de la grandeza de Atenas y de los ideales de su ciudadanía. Este hecho estaría de acuerdo con las noticias que tenemos sobre el carácter de Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 5 y 7). Sobre los conceptos de «honor» y «amor a la honra» (*philotimía*) y de «reputación» (*dóxa*) y «vergüenza» (*aidōs*) en la mujer que aquí se reflejan, cf. P.

46 He expuesto, pues, con mis palabras todo lo que, de acuerdo con la costumbre, tenía por conveniente; en cuanto a los hechos, por lo que respecta a los hombres a los que damos sepultura, ya han recibido los honores funerarios, y por lo que respecta a sus hijos, de ahora en adelante la ciudad los mantendrá a expensas públicas³²⁰ hasta la adolescencia, ofreciendo así una útil corona, en premio de tales juegos³²¹, a los muertos y a los que quedan; pues las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos. Ahora, en fin, después de cumplir las lamentaciones en honor de los parientes respectivos, retiraos³²².»

WALCOT, «The funeral speech. A study of values», *Greece and Rome* s. 2, 20 (1973), 111-121; J. G. PERISTIANY (ed.), *Honour and Shame, the values of Mediterranean Society = El concepto del honor en la sociedad mediterránea* [trad. J. M. GARCÍA DE LA MORA], Barcelona, 1968.

³²⁰ Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 249b. Los hijos de los combatientes muertos eran educados por el Estado hasta los 16 años.

³²¹ Metáforas tomadas de los concursos atléticos.

³²² Este mismo final formulario lo encontramos en el *Menéxeno* (cf. 249c) de Platón.